

Desde la misma ventana



– Si te vieras en la ineludible necesidad de responder — dice —, ¿qué dirías?

Y, como le pregunto que de qué

– Él y yo, que si somos los mismos.

Desde la misma ventana

Y, como le digo tú sí, tú siempre serás Amada, pero..., ¿él?...

– ¡Él!

Y emite una risita que no sé interpretar.

– Yo siempre seré amada.

Y otra risita que, como siempre le gustó jugar con las palabras, podría aventurarme a interpretar; pero, como no quiero, vuelvo al chalé y, desde el lugar exacto que ocupase y desde idénticas coordenadas aunque ya no es, le pido, de codos las dos en la ventana, que me cuente la paradoja de Teseo.

– Aunque te queda no sabes qué sensación — dice — de que no es la mejor manera, la más inteligente o de cerrar estas líneas ¿verdad?

Y, con un suspiro, que si fuera más joven y se sintiera con más fuerzas se marcharía, a vivir en otra parte, lejos, desde donde al asomarse a la ventana no ver que ya no, nunca más...

Y, dándole la espalda

– ¿A qué?

Encendiendo un cigarrillo.

Y que de qué estábamos hablando.

Y me viene a la cabeza, no sé por qué, la paradoja de Sorites, y toda su historia, con la que enredando con el Google había ido yo a dar, sin saber mucho cómo, no haría más de un par de días en Internet.

Y que — espachurrándolo en el alfeizar — qué absurdo es todo.

Y cierra la ventana, sin decirme ni adiós.